

Pichín®



NICASIO Y BELINDA

El Tomate Parlanchín

Junto a Pichin se había reunido gran cantidad de tomates, que le pedían, más bien le rogaban que les contara alguna historia.

Pichin engoló su voz y con tono trascendente comenzó:

*Viene por el camino
que va a la huerta,
un labrador, el carro
y la mula vieja.*

*Sus manos y su cara
son ramas de olivo secas
gastadas las herraduras
de la mula vieja*

*¿Sueña Nicasio con algo
o ya ni sueña?
¿Qué soñará Belinda
la mula vieja?*

Sucedió no hace mucho cerca de aquí y lamentablemente puede volver a suceder que...

Abandonando por un instante la azada, e irguiendo su curvada figura miró al cielo; no era tan tarde para aquella súbita oscuridad.

Belinda, la mula, levantó las orejas y se mostró inquieta.

Pasó poco tiempo: el que empleó Nicasio en aparejar su mula al carro y tomar el camino de regreso a casa.

Cayeron las primeras gotas de lluvia, luego se formó una buena; el cielo se iluminaba de relámpagos y los truenos eran la antesala de una cortina de agua que se desplomaba sin piedad. Nicasio se preguntaba que tendrían los relámpagos y los truenos para ser, a la vez, tan fieros y tan bellos.

Cuando entraba a la cuadra, la lluvia se tomó pedrisco y en su rostro se reflejó desolación y amargura. Caía con tal estruendo que su infernal tamborileo, sobrecogió a toda la localidad de Castillejo Del Real.

Al amanecer del día siguiente, los primeros rayos del sol de un intenso color púrpura asomaban vergonzosos entre la bruma, la gente en las calles iba apresurada de un lado para otro.

- Tó Nicasio; que no se ha salvao ná.- le espetó una vecina.
- ¿Pero la huerta?
- Te digo que ná, ni los frutales, ni las hortalizas, hasta el invernadero del tío Justo está arrasao y la culpa la tiene el párroco, que se llevó a restaurar a la Santa hace dos años y no la ha traído toavía.

* * * * *

Los vecinos se agolpan junto a la ermita de la aldea "mudaos" para la ocasión. Los más están contentos porque de nuevo les traen a la Santa y además se han quitado de encima la voluntaria-obligatoria, colaboración dineraria que durante tiempo vienen aportando para la restauración.

De pronto se escucha el griterío de los niños que suben por la empinada cuesta.

- ¡Ya están aquí, ya vienen!

Por las estrechas callejuelas que trepan arañando la ladera de la montaña, la muchedumbre se concentra y abre paso -con actitud respetuosa- al cura del pueblo, al cabo de la guardia civil y al alcalde que, entre otros, portan a la Santa resplandeciente hasta la ermita para bendecirla de nuevo.

Al año siguiente -vaya usted a saber si por el clima, los fertilizantes o la mismísima Santa... ¿porqué no?- se produjo una excelente y abundante cosecha y entonces se cumplió la inexorable "ley del mercado": la oferta superó a la demanda y por tanto los precios cayeron estrepitosamente, para el desespero de los agricultores y regocijo de los intermediarios.

Ante este nuevo contratiempo, el alcalde reunió a todas las fuerzas "vivas" de la localidad y tras largas deliberaciones y con el consenso de todos, firmó el abultado contrato que reposaba desde hacía tiempo en su mesa de trabajo, e hizo engalanar el balcón principal del ayuntamiento, con banderolas y guirnaldas al tiempo que reunió a todo el pueblo. Se asomó y con voz ceremoniosa comenzó a decir:

- Convecinos: ni los pedriscos, ni las pérdidas por malos precios... nos deben ya preocupar..., pues la propuesta del proyecto que teníamos pendiente de autorizar y que abarca las tierras de nuestro municipio, ha sido firmada e integrada en el plan de la Sumico... o Sumoto, vamos, los japoneses esos de las urbanizaciones, el campo de dieciocho hoyos y el parque temático.

Finalizando su discurso salvador alzó los brazos en señal de victoria y concluyó con un viva a Castillejo del Real y otro al progreso.

De esta forma desapareció la paz del riachuelo, los espigados chopos de su vereda que teñían de verde el verano y de ocres el otoño, los atardeceres calmos y una gran extensión de hectáreas de frutales y huerta ya irrecuperables para siempre como tierras de cultivo.

Hoy Nicasio es rico y se sienta a la puerta de su casa, que ha sido transformada en una "masía emblemática"; Belinda de vez en cuando asoma la cabeza por una ventana de su cuadra a través de los gruesos barrotes de madera encalada; pero ambos miran sin ver y en sus rostros se puede adivinar como un gesto de dulce añoranza, al tiempo que se sienten ausentes del presente y en sus ojos se aprecia una vaga melancolía.

